

El siglo de la música ... grabada

JOSÉ RAMÓN PARDO

La mayor diferencia entre la música popular que se ha hecho a lo largo del siglo XX y la que se hizo en toda la historia anterior de la Humanidad estriba en que, por primera vez, esa música podía registrarse en diversos archivos de sonido y reproducirla posteriormente cuantas veces se quiera. De esta forma, cada interpretación queda registrada de forma inamovible. Sucede como en la relación teatro-cine. En el teatro cada día la función es única, porque depende del talante de los actores y de la reacción del público, mientras en el cine se repite una y otra vez, sesión a sesión, el mismo gesto, la misma entonación y el mismo plano.

Las orquestas y los cantantes de antaño podían sonar unos días mejor y otros peor, y cada uno les juzgaba según el día en que tuvo la fortuna, o la desgracia, de escucharles. Pero en el siglo XX, primero con el invento del fonógrafo, nacido en las postrimerías del XIX pero desarrollado industrialmente, y de qué manera, en el XX, y luego con la llegada del cine y la televisión, una misma interpretación puede repetirse, literalmente, millones de veces y sonar igual al día siguiente de su grabación o treinta años más tarde. Un ejemplo puede ser la grabación del tema "Thriller" que Michael Jackson registró en disco en 1984. Vendió en formato de disco grande más de cuarenta y tres millones de

ejemplares. Sonó en las radios de todo el mundo varios millares de millones, o si lo prefieren millardos, de veces. Y su famoso y truculento videoclip se difundió también millones de veces en las televisiones del planeta.

De tal forma, que lo que a principios de siglo sólo podía llegar a algunos millares de oyentes —una interpretación determinada en un día y un lugar concretos—, se multiplicó vertiginosamente por millones en el espacio de un siglo. Sin la revolución industrial que significó el salto del viejo fonógrafo de cilindro al disco de 78 rpm, y posteriormente al microsurco de vinilo, aquellos que giraban a 45 y 33 rpm, hasta llegar al compact disc y a la transmisión digital vía internet, la música hubiera sido muy distinta en este siglo que termina. Seguramente su evolución hubiera sido tan tranquila y reposada como venía produciéndose en los siglos anteriores.

El disco, y sus extraordinarias posibilidades de difusión fueron globalizando el concepto de música popular, consiguiendo incorporar a un acervo común aportaciones que provenían de los más diversos lugares del planeta. Eso que a finales de siglo se denomina como música étnica y que anteriormente significó la fusión de la samba y el jazz para crear la bossanova, de la música caribeña y el rock para crear el reggae. O que antes se manifestaba con la extraordinaria difusión del tango argentino, la música de cabaret berlinesa o la chanson de autor francesa.

El siglo XX comenzó con una variedad de estilos musicales muy superior al que hemos conocido en las últimas décadas. La principal causa era la inexistencia de esos poderosos medios de comunicación globales que han ido unificando los gustos de todos los habitantes del planeta, siguiendo las pautas de los países más poderosos a la hora de difundir sus

propios esquemas de valores. En las primeras décadas del siglo en cada país se empleaba en su mayor parte música autóctona, nos referimos a los estilos de música popular, y así pudieron convivir en perfecta armonía las operetas vienesas con las romanzas napolitanas, el desgarrado del tango con nuestra tonadilla o el cuplé francés.

Entonces eran las grandes figuras las que, por medio de giras, daban a conocer en otras latitudes el talento que se había desarrollado en tierra propia. Las mejores cupletistas recorrían Europa, Carlos Gardel trajo a Europa el tango, los tenores de ópera, de Caruso a Gigli, se empeñaron en dar a conocer las bellas canciones napolitanas y las figuras de las varietés, como Josephine Baker, difundían por el mundo sus bailes y canciones. Pero todo se desarrollaba en la escala reducida que les permitía su capacidad física para viajar y cantar en escenarios repartidos por todo el mundo.

A comienzos de los años 20 llegó la Radio y a finales de la década el cine sonoro. En los cincuenta fue el primer boom de la Televisión. En los ochenta, las transmisiones universales vía satélite y en los noventa, la omnipresencia de internet. El mundo de ha ido haciendo más pequeño y el más leve susurro en un estudio de grabación de Lagos, en Nigeria, resuena con insistencia en los receptores de radio de un pastor de renos en Laponia o de un cultivador de té en la isla de Ceilán.

El jazz puede considerarse como la primera música global nacida en el siglo XX. Su lugar de origen fue Nueva Orleans, en Louisiana, puerto de entrada y salida de mercancías y de ideas, dentro del golfo de México, y también final y comienzo de trayecto del recorrido fluvial por el Mississippi. Era un lugar ideal para recibir las más variadas influencias, y

también para difundirlas a los cuatro vientos. Además era una ciudad en la que se habían asentado primero los españoles, después los franceses, que crearon al “criollo”, una clase social más que una raza. Luego llegaron los esclavos liberados y los anglosajones que compraron el territorio para unirlo a los incipientes Estados Unidos de América.

Era una mezcla de razas y culturas y un lugar lleno de antros de diversión, como suelen abundar en todos los grandes centros portuarios del mundo porque, tras largas travesías, las tripulaciones bajan a tierra con más ánimo de diversión que de otra cosa. En aquellos locales se hacía música en vivo, porque no existían los medios de reproducción mecánica de sonido que ahora tenemos. Se disputaban a los mejores músicos, los que atraían más clientela. Y entre esos artistas había auténticos desafíos que ahora pueden parecernos pueriles. Por ejemplo, el trompetista de sonido más poderoso, en lugar del más creativo.

De aquel caldo de cultivo nació el jazz. Primero como músicaailable por excelencia. Con temas rápidos y animados, en el llamado estilo dixie y luego con los blues quejumbrosos, herencia de los años de esclavitud. Una música que se constreñía a los límites de la ciudad pero que fue subiendo Mississippi arriba en los barcos fluviales hasta llegar al corazón de la América profunda. El cierre del barrio del vicio en Nueva Orleans provocó la diáspora de los músicos que extendieron la buena nueva de su música por todos los Estados Unidos. Tras la Segunda Guerra Mundial, muchos músicos negros prefirieron quedarse en Europa, con menos tensión racial, y el jazz se convirtió en una música prácticamente universal.

Nunca estuvieron más cerca de ser la “música universal” que en la era del swing y de las big bands. Todo el mundo bailaba los temas de las bandas de Glenn Miller, Benny Goodman o Tommy Dorsey. En apenas cincuenta años, el siglo había visto cómo se pasaba de músicas locales, aisladas entre sí, a músicas que se extendían por el mundo unificando gustos y criterios. Deberían pasar casi otros cincuenta años para que el mundo conociera la belleza de la diversidad y se empezaran a apreciar los nuevos olores de la música africana, de los ritmos latinos o de las aportaciones orientales.

Si el jazz había sido un ensayo para crear una música global, el rock and roll fue el vehículo necesario para que en todo el mundo, todos los cantantes y en todos los idiomas, interpretaran la misma música. También era una música mestiza, la suma y compendio del género country americanos con el blues de la población negra del país. El country era a su vez resumen de las aportaciones de las distintas oleadas de inmigrantes que habían formado la población de los Estados Unidos: anglosajones, germanos, escandinavos, hispanos, italianos o eslavos, fueron aportando sus ritmos, sus gustos y sus instrumentos hasta crear esa música campesina que en inglés llamaron *country & western*.

Los descendientes de los antiguos esclavos habían creado el blues, el lamento de un pueblo oprimido y torturado. Cuando llegó la hora de la libertad y la inmigración al norte industrial, los lamentos de los campos de algodón se convirtieron en una vigorosa música de baile, el rhythm and blues, origen de la parte más rítmica del rock and roll. Fue un fenómeno que explotó en la segunda mitad de los años cincuenta. Lo que empezó como un clásico fenómeno americano de los hijos del *baby boom* de la postguerra, se convirtió

a una enorme velocidad en un acontecimiento universal.

Los pioneros norteamericanos se llamaron Elvis Presley, Chuck Berry, Fats Domino, Jerry Lee Lewis o Little Richard. Sus calcos universales se llamaron Cliff Richard en Inglaterra, Adriano Celentano en Italia, Miguel Ríos en España, Johnny Halliday en Francia, Enrique Guzmán en México y así, país a país, con sus ídolos propios que convirtieron el rock and roll en un lenguaje sin barreras. Era un idioma universal, que entendían los jóvenes del todo el mundo y que les permitía identificarse con los mismos mitos y las mismas tendencias fuera el que fuera su idioma, su trasfondo cultural, político o religioso.

A partir del rock and roll se desarrolló la llamada música pop, apócope de popular, que durante cuatro décadas se convirtió en la gran trituradora capaz de aceptar la música flamenca para hacer flamenco rock, la caribeña para crear el calypso o el reggae, la oriental para adornar con un sitar las melodías de los Beatles o la africana para llenar de polirritmos la música de Santana.

Todo hacía prever que la música de finales de siglo iba a ser única y exacta en todos los países del mundo, porque la imposición de los mass media no iba a dejar resquicio alguno a singularidades étnicas. La mayor alegría para quienes piensan que la diversidad enriquece ha sido la aparición de las llamadas músicas étnicas en el panorama de la música internacional. Los que antes admiraban la facilidad con que un grupo japonés imitaba a los Beatles, ahora se muestran encantados del sonido de la kora nigeriana, de los textos del raï argelino o de las percusiones del gamelán balinés.

Pero debemos reconocer que las músicas que rompieron el estrecho marcaje que el rock imponía a todos los estilos que intentaban apartarse del camino único fueron la tradicional celta y la innovadora africana. Grupos como Chieftains, Gwendal, Capercaillie o Clannad demostraron que se podían vender millones de discos sin mezclar sus raíces con tendencias universales, pero espúreas para su acervo cultural. En cambio, la música del Africa negra aceptó el desafío de la influencia del rock, pero sólo para mezclarla con su rica tradición rítmica, con las narraciones cantadas de su griotes, equivalentes a nuestros antiguos juglares y con miles de años de civilización propia antes de la llegada del colonizador blanco.

La música étnica, la perpetuación de nuestro flamenco, de las canciones de los Vosgos, las chacareras argentinas, las cuecas chilenas, las danzas hindúes, las óperas japonesas, las flautas rumanas, las muñeiras gallegas, son la mejor garantía de que estamos preservando la variedad cultural, que enriquece nuestro archivo musical. En un siglo, gracias o quizás por culpa de la posibilidad de grabar música, hemos visto el recorrido del péndulo en su ida y su vuelta. Más de medio siglo para conseguir la unificación de gustos y tendencias, y dos ricas décadas para devolver a la música su riqueza y variedad. Un siglo complejo en el que arte e industria se han dado mano como en ninguna otra época de la Historia.